

I.

Dicen que mi país tiene forma de piel de toro, pero yo siempre he pensado que se parece más al pictograma que ponen en la etiqueta de los zapatos de cuero, y esas pieles no provienen del toro sino de animales peor tratados por la mitología. Si yo me empeñase en mantenerme leal a la tradición y aceptase que nuestras fronteras dibujan una piel de toro, enseguida oíría voces discrepantes: unas gruñirían que la piel es de cerdo; otras murmurarían que es un disfraz de piel de cordero, y un tercer grupo menos numeroso, pero compuesto por voces más atronadoras, exigiría que dejemos de matar animales de inmediato, aunque sea figuradamente, y nos obligaría a vivir en un país con forma de tofu.

Pero la vida es cruel. Aceptemos que mi país tiene forma de piel desollada y puesta al sol de injusticia que siempre nos alumbra, y que tuvieron que sacársela a la

fuerza a algún animal que sufrió lo suyo en el proceso. Sea por culpa de ese dolor primitivo o por cualquiera de los que nos acuchillarían más tarde, mi país ha llegado al siglo XXI sembrado de asperezas. Es una piel demasiado curtida, dura y reseca, como la de unos zapatos olvidados durante años en el fondo de un armario; una piel pinchosa, sin desbastar, poblada de pelo duro y frito de torrezno; la tocamos con la memoria y nos parece una carcasa acartonada, calcificada, achicharrada, poco maleable y muy difícil de cortar. Aunque no nos han faltado buenos curtidores que intentasen dulcificarla y han sobrado poetas dispuestos a someterla con ungüentos exquisitos, la piel que es mi país todavía provoca eccemas y rojeces en muchas personas de epidermis fina.

Supongo que está claro que el país que describo se llama España y que las personas de epidermis fina no son invasores. Nadie se muestra tan a disgusto en España y en compañía de otros españoles como un español cualquiera.

Una característica de este espécimen sin parangón en el mundo viene heredada de los judíos que expulsamos hace siglos. Si uno junta a dos judíos a discutir, enseguida aparecen tres opiniones contradictorias, divergentes y virulentas. En España, el vigor que le dio al converso la dieta de tocino y algarroba provocó una mutación. Si juntamos a discutir a dos españoles contemporáneos, en lugar de tres opiniones saldrían seis, pues nunca falta quien diga ocho al oír a otro proclamar ochenta. Las divergencias solo se multiplicarán si los que discuten son dos españoles cultos y la conversación los arroja al tema de España. Que Dios nos libre de vernos envueltos en ese combate, tan frecuente, por otra parte, que me pregunto

si la piel que da forma a nuestro país no será de buey, que es el más paciente de todos los animales de la Creación.

Aquí todo son discusiones e incongruencias, y jamás hay pacto duradero. Hagamos un repaso y verá usted que, desde la laca que fija el cabello de la reina Letizia hasta las botas del albañil que le tira un piropo desde el andamio, no hay forma de llegar a un entendimiento: mi país es una monarquía constitucional donde abundan los republicanos; tiene un Parlamento que los ciudadanos renuevan constantemente en las urnas solo para quejarse a continuación de los políticos a los que acaban de dar trabajo; es un país compuesto por llanuras, gargantas, cordilleras, ríos y marismas, cabos y bahías, con tantos paisajes como opiniones; un país donde toda diferencia geográfica se alimenta desde las Diputaciones y se demuele a continuación con esta manera municipal de levantar edificios que recuerda al nacimiento de los accidentes geográficos; un país con una historia trágica de sangre, conventos en llamas y poetas muertos a balazos, que muchos consideran su leyenda santa; un país con otra historia gloriosa de imperio, galeones y oro, a la que no faltan acusaciones de genocidio; un país cuyo escudo complejo y multicultural no comprende quien va de patriota; un país cuya bandera ondea al viento del sonrojo porque la desprecian quienes más apegados están a su trozo de tierra; un país con un himno que no tiene letra y, por tanto, un país indefenso ante las abstracciones, con la épica eternamente sometida al vaivén del cinismo y la travesura. Será por este último motivo por lo que, de críos, rellenábamos la Marcha Real con lo de «Franco, Franco, que tiene el culo blanco...».

No le conozco, pero sé que usted y yo vamos a coincidir en un dato esencial: nuestro país se llama como la viuda de Francisco Umbral. Yendo un paso más lejos, podremos mantenernos en lo cordial si le digo que esta tierra tiene nombre de mujer, pero será complicado perseverar en la unanimidad si profundizamos en su apariencia, sus virtudes y sus pecados. No contaba con que la *entente* fuera duradera pero tampoco me preocupa: si algo bueno tiene la imprenta en comparación con el todopoderoso ciberespacio es que aquí, durante unas cuantas páginas, seré yo quien hable mientras usted se queda en silencio. El único privilegio que nos queda a los escritores de esta época es el derecho al pataleo. Es más, por el poder que me concedo a mí mismo, esto será un diálogo entre usted y yo. El acuerdo implícito que supone leer los pensamientos y las palabras de otro queda a partir de este momento explícitamente formalizado.

Dicen que hablo mucho de España, pero lo cierto es que casi nunca me he comportado como un patriota. Uno de los momentos más patrióticos del mes en que tomo estas notas se dio hace dos días, cuando eché unas monedas en el bote de un viejo que se pudre en la calle sin jubilación. La limosna ha sido una costumbre patriótica cuando Franco vivía y lo sigue siendo ahora, porque los españoles tenemos la certeza de vivir en un país humilde de boina, vino de garrafa y agua del grifo, de manera que cuando damos dinero a un pobre parece que se lo estamos dando a España. Queda en mí, como puede verse, algún tipo de nacionalismo residual e incongruente y, de hecho, no siempre un nacionalismo a favor de España. Considero la incongruencia una virtud no desprovista de contra-

dicciones, y por eso intento tomar desvíos y dar vueltas en la narración de mi vida y mi nacionalismo, y no me privaré de circunvalar ni una sola de las rotondas con que deformaron nuestros mapas. Conduzco así porque, de lo contrario, este acabaría siendo un libro lineal, y no hay forma más vulgar que la línea recta para dibujar las peripecias de un país.

Lo que quiero contar es mi historia personal como hijo de este país, al menos a lo largo de unas pocas páginas, y para eso he de referirme muy pronto a mis abuelos. Aquí llego al primer escollo: si es difícil definirse a uno mismo, ¿cómo definir un país? ¿Acaso no es España un país de países? ¿Qué pensarían los catalanes si me oyeran? ¿Qué dirían los canarios, los valencianos, los gallegos y los vascos? ¿Aceptaría un habitante de Triana que lo igualase a sus vecinos sevillanos del otro lado del Guadalquivir? No puedo responder a estas preguntas sin hacer antes una confesión: nací hace treinta años en Murcia, uno de los rincones —o países— más unánimemente denostados de España.

Del dialecto ancestral de los murcianos, llamado pannocho, nos ha quedado un acento basto, abierto de oes que parecen aes, de íes que parecen ees, escaso de eses y con muchas papeletas para convertirse en pura gramática parda. Es un acento que te marca desde la cuna como a Tristram Shandy lo predestinaron el nombre, la nariz y el hecho de que su madre no hubiera dado cuerda al reloj en el momento de su engendramiento. Un acento feo. Yo quería ser anciano y hermoso como Manuel Astur, así que lo primero que hice cuando llegué a estudiar la carrera a Madrid fue extraviar mi fonética materna. Muchas

veces me preguntan por el acento hombres y mujeres que se extrañan cuando digo algo y lo entienden como si yo hubiera nacido en Getafe. Siempre les contesto lo mismo, que me lo operé, y es verdad que implantarme los fonemas que me faltaban fue una intervención dolorosa. Me sometí a ella por orden de Alejandro Castillo, mi profesor de Economía y Cultura Clásica en Tánger, uno de los hombres que más he admirado en mi vida y a quienes más he querido parecerme siempre. Castillo es de Córdoba, pero su fonética terminó en zona neutral. Cuando era alumno suyo, recién salido de Murcia, me dio un consejo sabio que no he podido olvidar nunca:

—Soto, si quieres ser alguien en la vida, sácate la mierda de la boca.

Gracias al acento feo, entre otras cosas, las almas sofisticadas de mi tierra están condenadas a cargar con una visión pesimista de sus particularidades regionales. Esto vacuna a los murcianos ilustres contra uno de los males que están devastando la vieja despreocupación española: el sentimiento de ofensa colectiva. Cuando Castillo insultó a mi acento, no me ofendí como hubiera hecho un gallego o un canario. Hice justo lo contrario: me saqué la mierda de la boca. Hoy todavía me parece una de las tareas más heroicas que he finalizado con éxito, porque el proceso que arranca lengua, garganta y labios del *acho pijo* y los deposita en el *sí de las niñas* es algo sobre lo que se podría escribir un libro interesantísimo. Lo escribiría yo mismo, en primera persona, si hubiera terminado Filología Hispánica.